

Recordar, compartir, aprender

Elche

Carmen Ruiz Pedreño, 65

Herena García, 18

ILUSIONES ESQUIVAS

Ahora que la vida ya la deja respirar, ahora que el sufrimiento y los años de esfuerzo han quedado atrás. Ahora y sólo ahora, ella se permite ser feliz, hacer lo que le apetece en cada momento, descansar o pasar su tiempo libre (concepto que no sabía hasta hace pocos meses) haciendo lo que más le gusta. Ahora intenta realizarse como persona. Sabe que la vida no le ha tratado todo lo bien que se merecía, pero sabe también que todo aquel esfuerzo ha merecido la pena. Cuando mira la cara de sus nietos sonrientes o cuando todos sus hijos se lo agradecen en cada acción con cada palabra de ánimo. Busqué en sus ojos algún rastro de desilusión, de cansancio, pero no lo encontré, sólo había en ellos vitalidad, orgullo, sinceridad.

Con sólo nueve años tuvo que abandonar a sus padres, su entorno y el pueblo que la vió nacer para trasladarse a una ciudad desconocida con sus hermanas que sólo tenían unos años más que ella. Allí tuvo que aprender a valerse por sí misma y con esa joven edad comenzó a trabajar, no dejó de hacerlo hasta el día de su jubilación. Las noches se hacían eternas, soñaba con volver a Fortuna, su pueblo, con sus padres y el resto de su familia a los que cada vez añoraba más.

Pero una Semana Santa algo cambió su vida, ya tenía 13 años y aquella ciudad, alguna vez desconocida para ella, ahora era su hogar el lugar en el que sabía que pasaría el resto de su vida. Aquella mañana era calurosa para la estación del año en la que se encontraba y aquel joven no le quitó ojo desde el momento en el que la vió aparecer. Su sonrisa se tornó sincera pero tímida, ansiosa pero reservada. Con el primer cruce de miradas pudo intuir que él sería el hombre de su vida. Así fue. Desde ese momento su vida cobró más sentido del que nunca había tenido. Cada martes al salir del trabajo corría al buzón para comprobar que el cartero le traía nuevas noticias de su amado y allí las encontraba siempre. Con alegría y nerviosismo iba a casa de una amiga para que se las leyera, ya que, su dura infancia nunca le permitió aprender a leer y escribir.

Así transcurrieron los años en los que él hacía el servicio militar. Ahora ella soñaba cada noche con el día de su regreso, con una vida de fábula a su lado. Imaginaba su vida y su matrimonio como el de las princesas de los cuentos que nadie le había contado, los que nunca había leído. Por fin llegó el día de su regreso y tras varios años de noviazgo, su gran día, con el que había soñado tantas veces, se hizo realidad. Confirmó que él sería el hombre de su vida. Aquel día fue completamente feliz. Sabía que una nueva vida le aguardaba.

A los pocos meses llegó su primer hijo, pero ella no pudo atenderlo como le hubiese gustado. El trabajo se llevaba la mayor parte de su tiempo y al llegar a casa la pila de tareas por hacer era cada vez mayor. Aunque su marido estuvo a su lado, nunca pudo contar con él. Nunca. Sus hijos se convirtieron en sus auténticas joyas. Pero su cuento de hadas cada vez se distanciaba más de sus sueños. Después de jornadas agotadoras como pluriempleada en distintos lugares, llegaba a casa y se encontraba con un marido que aunque la quería, nunca supo valorar su esfuerzo, y lejos de echarle una mano, se limitaba a exigirle una atención que no se merecía y que ella no le podía ofrecer. Su vida se convirtió en pura rutina. Sólo sus hijos la hacían sonreír, sólo gracias a ellos recobraba las fuerzas necesarias para salir adelante.

Pero esta situación se agravó enormemente cuando su marido cayó enfermo. Pasó 20 años en la cama sin poder moverse, sin poder apenas respirar. Ella sacó adelante una casa, nunca desatendió a su marido ni a sus seis hijos que aprendieron a cuidar de sí mismos a tempranas edades. Su vida se convirtió así en un reto continuo. Pero ella lo superó con creces. Aunque llevaba jornadas de trabajo realmente agotadoras, por las noches le costaba conciliar el sueño. Sólo pensaba en que su marido se recuperaría y podría por fin viajar con él, salir de aquella ciudad, conocer mundo.

Después la vida volvió a darle la espalda una vez más. Aquella maldita enfermedad se llevó a su marido, al único hombre de su vida y con él sus ilusiones de ser feliz, todos sus sueños quedaron truncados para siempre. Ella sacó fuerzas de flaqueza y sacó su casa a flote. Trabajó duramente hasta el día de su jubilación. Pero todo ese esfuerzo le valió la pena. Sus hijos crecieron sanos y fuertes. Cada uno hizo su vida. Y todos la



adoran. Han sabido valorar su esfuerzo, saben que su madre ha sacrificado su vida por ellos. Ahora ella recuerda esos años con algo de resignación, pero con mucho orgullo. Por su marido sintió un amor incondicional, pero su matrimonio no fue un camino de rosas, él no supo tratarla como se merecía, no le demostró ni un solo segundo su amor. Ahora que el tiempo ha pasado, ahora se siente de algún modo liberada. Ahora aprende a leer para poder contarles a sus nietos los cuentos que no pudo contarles a sus hijos, para poder valerse por sí misma. Ahora cada noche sonríe pensando que algún día saldrá de aquella ciudad, que visitará nuevos lugares con los que siempre ha soñado. Siente que el mundo se abre para ella, que su esfuerzo obtiene ahora recompensa.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

¿Qué te llevas después de toda una vida realizada?- le pregunté. Tras algunos segundos de silencio su expresión cambió. “Me llevo la satisfacción de saber que todos mis esfuerzos han merecido la pena -me dijo-. Qué aunque de algún modo sacrifiqué mi vida, todo ello me reporta hoy una felicidad que nunca hubiese esperado sentir. Mis hijos, mis nietos, su felicidad. Eso es para mí lo que más ha merecido la pena en mi vida. Ser testigo de todos sus pasos. Ser su confidente y su mejor amiga. Su eterna gratitud. Hoy después de esta vida que sé que para mí expira, me llevo la satisfacción personal de haber podido valerme por mí misma en cada momento. Haber superado sin ayuda de nadie cada reto que la vida me ha puesto. He saltado cada obstáculo, he librado batallas imposibles, en muchos momentos pensé en desistir, cuando ya no podía más. Pero sus caras sonrientes al llegar a casa me daban la energía que necesitaba en cada instante. Eso es lo que me llevo, felicidad radiante felicidad, que hoy la vida aún me permite disfrutar. Y seguiré superando obstáculos y seguiré realizándome como persona hasta que la vida me lo permita. Mi último reto, aprender a leer y escribir. Y compartir con vosotros las experiencias recogidas tras una larga vida. Vivida al extremo”.